

ción en todos los países. De este modo, la historia de la conquista de México y de Perú, como la del resto de los territorios del continente americano, se escribió sobre la base de lo que los españoles percibieron; sin embargo, aquí y ahora, podemos plantearnos la unidireccionalidad de estas crónicas, preguntándonos si, interpretados los acontecimientos con categorías conceptuales occidentales, los cronistas españoles realmente explicaron *toda* la historia, asimilando aquello que vieron de un modo correcto y completo, o si, por el contrario, incurrieron en los errores interpretativos propios de aplicar solamente criterios históricos a aquello que también podía ser explicado con criterios míticos.

La crónica, vista únicamente desde el lado español, sería válida —cuando menos habría que resignarse a ella— si no hubiera otro tipo de documentos con los puntos de vista indígenas. Pero se convierte en necesariamente parcial si pensamos que los aztecas y los incas también hablaron, y que desde ellos nos llegan testimonios que, ni cuantitativa, ni cualitativamente, pueden ser ignorados.

Sin embargo, no puede dejarse de lado una puntualización: al carecer de escritura los aztecas y los incas prehispánicos (aunque en distinto grado, como ya se vio), los textos que se manejan son todos ellos posteriores a la conquista, lo cual quiere decir que los indígenas conocían ya al español y que su percepción va a estar tamizada por los esquemas conceptuales occidentales. Ser conscientes de esto es importante; pese a ello, y como señala Todorov, para utilizarlos hay una excusa y una justificación; la excusa es que

si se renuncia a esta fuente de informaciones, no se la puede reemplazar por ninguna otra, a menos que se renuncie a toda información de este género. El único remedio es el de no leer estos textos como enunciados transparentes, sino intentar al mismo tiempo tener en cuenta el acto y las circunstancias de su enunciación. En cuanto a la justificación, ella podría expresarse en el lenguaje de los antiguos retóricos: las cuestiones aquí abordadas remiten menos a un conocimiento de lo verdadero que al de lo que parece verdadero. Me explico: un hecho ha podido no tener lugar, contrariamente a las alegaciones de un cronista. Pero el que éste haya podido afirmarlo, que haya podido contar con su aceptación por el público contemporáneo, es al menos tan revelador como la mera ocurrencia de un suceso, la cual depende, después de todo, del azar. La recepción de los enunciados es más reveladora para una historia de las ideologías de lo que lo es su producción; y cuando un autor se equivoca o miente, su texto no es menos significativo que cuando dice la verdad; lo importante es que el texto sea aceptable por los contemporáneos, o que haya sido creído como tal por su productor. Desde este punto de vista, la noción de «falso» es impertinente²⁰.

Tras una revisión de la documentación disponible, podemos ver cómo estas fuentes indígenas realmente abundaron: pese a que los incas no conocían la escritura, los quipus, que inicialmente servían para la contabilidad y las estadísticas, podían también ser utilizados como rudimentarios regis-

²⁰ Todorov, op. cit., pág. 60. La traducción es nuestra.

tros históricos, según apuntan algunos autores, aunque su tradición prehispánica fuera fundamentalmente oral, escribiéndose después las crónicas indígenas en una mezcla de español y quechua. En el caso de los aztecas, que sí poseían una especie de escritura de caracteres ideográficos, registraban ya sus memorias antes de la llegada española; posteriormente a ésta, el alfabeto latino fue utilizado para la transcripción de los relatos escritos inicialmente en náhuatl, sufriendo en algunos casos alteraciones respecto a los originales.

Siguiendo a Wachtel²¹, pueden señalarse las fuentes siguientes:

— Entre las aztecas hay que señalar, en primer lugar, los *Primeros cantos náhuatl*, escritos inmediatamente después de la conquista, entre 1523 y 1524, según señala A. M. Garibay. Citaremos también el *Manuscrito de Tlatelolco*, un escrito anónimo que data de alrededor de 1528, narrando la derrota de los aztecas a manos de los españoles. Una obra importante por su amplitud es el testimonio de los informantes de Sahagún, cuya primera versión, de 1555, no ha podido hallarse, aunque existe una segunda versión de 1585 en el libro XII del Códice Florentino, que además contiene ilustraciones, o en la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, elaborada a partir del Códice. Otro testimonio ilustrado es el *Lienzo de Tlaxcala*, un conjunto de ochenta pinturas de mediados del siglo XVI. En cuanto a las crónicas, cabe citar a Alvarado Tezozomoc (*Crónica mexicana*), a Domingo Chimalpahin Cuauhtlehuanitzin (*Sexta y séptima relación*), a Fernando Alva Ixtlilxochitl (*Obras históricas e Historia de la nación chichimeca*), a Diego Muñoz Camargo (*Historia de Tlaxcala*), o el mestizo Diego Durán (*Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme*). Todos estos autores redactaron sus crónicas a fines del siglo XVI, aunque utilizando una documentación anterior.

— Entre los testimonios incas, menos numerosos que los aztecas, el primero de ellos es la *Elegía Apu Inca Atawalpaman*, probablemente escrita muy poco después de la ejecución de Atahualpa en 1533. Otras crónicas importantes son la de Tito Cusi Yupanqui, también llamado Diego de Castro, titulada *Relación de la conquista del Perú y hechos del Inca Manco II*; Juan Santa Cruz Pachacuti, cuya obra *Relaciones de antigüedades deste Reyno del Perú*, escrita a principios del siglo XVII, dedica algunas partes a relatar la conquista española. Felipe Huaman Poma de Ayala, con su *Nueva crónica y buen gobierno* constituye uno de los mayores testimonios incas a nivel de relato y de dibujo, y una de las fuentes más utilizadas; y por último, no podemos olvidar al Inca Garcilaso de la Vega (*Historia General del Perú y Comentarios Reales*), pese a que su visión sea ya claramente mestiza, cargada de elementos de la cultura española que el inca había asimilado en este país.

²¹ Wachtel, N.: Los vencidos, Madrid, Alianza, 1976.

El lector que conozca las crónicas españolas de la conquista de México y de Perú, podrá encontrar entre éstas y las indígenas que acabamos de citar, versiones por completo diferentes e incluso contradictorias en algunos casos. No obstante, y aunque en ocasiones la visión indígena se aleje del registro histórico convencional, lo interesante de estos testimonios es su reflejo de cómo fueron percibidos los acontecimientos por los mismos protagonistas del cataclismo, que vivieron el final de su mundo a manos de los españoles, evocándolo después con un sentimiento trágico que merece ser digno de nuestra mayor atención.

B) Reestructuración

Tras este primer apartado dedicado a analizar cómo fue sentida la desestructuración traumática que supuso la conquista para los universos indígenas, dedicamos un breve espacio a hablar de lo que hemos denominado Reestructuración, refiriéndonos a las rebeliones y milenarismos que se sucedieron ya mucho después de estos hechos, en un intento de reconstruir un mundo prehispánico quizá ya irrecuperable.

Porque, efectivamente, los intentos de resistencia a la dominación española fracasan en la totalidad de los casos si se exceptúa el de los araucanos. Pero estas rebeliones ciertamente existen, y tienen lugar como la denuncia indígena y su rechazo de la acción colonizadora de los agentes extraños que venían a destruirlos, y como expresión de la fidelidad y del arraigo a la propia cultura.

Respecto a estos intentos de reestructuración, hay que apuntar que pueden ser de dos tipos: en algunos casos, la rebelión aspira a la recuperación literal de las estructuras autóctonas, lo cual no entraña problemas de comprensión por nuestra parte; más complejo es el segundo caso, el de aquellos movimientos que adoptan elementos culturales de los españoles; la situación se clarifica si entendemos este hecho, no tanto como fenómeno de aculturación en un sentido literal de hispanización, sino más bien como una pretensión de luchar contra el enemigo con mayores posibilidades de éxito pero sin perder nunca su intencionalidad básica; como mantiene Wachtel:

Un mismo hecho se interpreta de forma diferente según el contexto donde se manifieste; un curaca peruano adopta el caballo para hispanizarse; en cambio, el indio araucano lo adopta para hacer la guerra. El proceso de aculturación no se reduce a una suma de elementos que se sobreañaden unos a otros, ni siquiera a sus relaciones; sólo se aclara reintegrado en el impulso del proyecto que le da nacimiento: trátese de la aceptación de los valores españoles (por el curaca peruano) o de una elección de la revuelta (en el caso del indio araucano). El punto de vista de la praxis exige la comprensión de las intencionalidades vividas que orientan la acción²².

²² Wachtel, op. cit., pág. 312.

En el caso concreto de los aztecas, los intentos de reestructuración de su mundo se inician antes incluso de que se diera por finalizado el proceso de conquista de la capital; en efecto, el ejército de Cortés, al regreso de éste tras haberse reunido con la expedición de Pánfilo de Narváez durante la primera estancia de los españoles en la capital mexicana, se encuentra con la hostilidad de los indígenas, debido al ataque de los españoles que éstos habían sufrido en su ausencia. Por ello intenta reanudar los tratos amistosos con los sucesores de Motecuhzoma, Cuitláhuac (su hermano, que sólo duró como huey tlatoani unos meses, desde septiembre a noviembre, muriendo el 25 de ese mes a causa de la viruela) y Cuauhtémoc (su sobrino, entronizado en enero de 1521), recibiendo de ellos una violenta negativa, que rompe con la resignación fatalista de su antecesor; el mismo Cortés da cuenta de ello: «que me fuese y que les dejase la tierra y que luego dejarían la guerra, y que de otra manera, que creyese que habían de morir todos o dar fin con nosotros»; así pues, declaran la guerra a los españoles, con grandes pérdidas por ambas partes, con un gran valor y dispuestos a todo, como ocurre cuando, según cuenta Cervantes de Salazar, dos guerreros mexicas intentan arrojarse por las escaleras del templo, arrastrando con ellos a Cortés, quien no obstante puede desasirse.

La rebelión indígena es dura: sitian a los españoles y éstos, ante la falta de comida, deciden huir de la capital, la noche del 30 de junio de 1520, llevándose gran cantidad de oro y a algunos nobles aztecas supervivientes; en medio de la lluvia, comienzan la retirada unos siete u ocho mil hombres, pero son descubiertos por una mujer que alerta a los mexicanos, los cuales atacan la calzada de Tlacopan, alcanzando la retaguardia de la columna, en la que está Pedro de Alvarado. La batalla entre aztecas y españoles «es cosa de espanto», al decir de Díaz del Castillo, y hace que estos últimos pierdan el tesoro que se llevan y mueran en masa; en su *Segunda Carta de Relación*, Cortés establece las pérdidas en 150 españoles, 2.000 indios aliados y 45 caballos, aunque los datos varían según diferentes autores: entre los españoles cabe citar a Díaz del Castillo (capítulo CXXVIII), para quien son 870 españoles muertos, o López de Gómara (capítulo CIX), que señala 450 españoles, 4.000 indios y 46 caballos. Entre los autores indígenas, Alva Ixtlilxochitl (*Historia chichimeca*, capítulo LXXXVIII) registra 450 españoles y 4.000 indios, y Muñoz Camargo (*Historia de Tlaxcala*, libro II, cap. VI) coincide con él, aunque especificando que los indios muertos son tlaxcaltecas.

Los que logran escapar a la matanza se refugian, heridos y hambrientos, en Tlaxcala, lo cual es posible gracias a la ayuda de los tlaxcaltecas, ya que, como puede verse en la obra de Sahagún, los aztecas se preocuparon